

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO XI

*

BARCELONA 10 DE MAYO DE 1900

*

NÚM. 494



HOMENAJE Á PARÍS

CEREBRO DEL MUNDO, CUNA DE LA LIBERTAD, FUENTE DEL PROGRESO

La temporada del amor



STÁ todo tan bien reglamentado en la sociedad moderna, que el hombre no tiene que preocuparse absolutamente por nada.

El código de la Costumbre, la ley de la Rutina y las ordenanzas de la Moda, son la pauta suprema que encamina nuestros pasos y guía nuestras acciones.

Todo está en ellos previsto y calculado con la más escrupulosa minuciosidad. Y no á manera de indicación más ó menos atendible, sino en forma de precepto absolutamente

obligatorio. No nos dice la costumbre: *Podéis hacer tal cosa*, sino: *Debéis hacerla*. ¡Ordeno y mando!

Es un articulado curiosísimo.

«Durante los días de Carnaval hay que estar alegres.

»En la Cuaresma hay que estar tristes.

»En verano los trajes serán muy claros.

»En invierno serán de tonos oscuros.

»Por Navidad debe comerse pavo.

»Por Todos los Santos, castañas.

»Por Santiago, melones.»

Y en todo pasa lo mismo. La voluntad individual queda anulada ante el *Yo lo quiero* de esa ley jamás escrita y siempre acatada.

Tenemos la temporada *oficial* de las ostras.

La temporada de la caza.

La temporada de los bailes.

La temporada de los viajes.

Dentro del plazo legal, coman ustedes las ostras que quieran; cacen lo que se les antoje; bailen todas las horas del día; viajen hasta el fin del mundo; pero acabado el permiso, *vade retro*. ¡Guay del que osare violar la sacrosanta ley de la costumbre!

Y no obstante, ¡misterioso olvido!, la más grave, la más seria, la más trascendental de las funciones humanas, se ha quedado sin reglamentar.

O si no, dígalo quien lo sepa: la temporada del amor ¿cuál es? ¿En qué época del año debe amarse?

Ábrase una información tan amplia como se quiera, y desde luego puede asegurarse que no se sacará nada en limpio. Tantos consultados, tantos pareceres diversos.

—Para el amor,—dirá uno,—nada como el estío. El hálito ardiente de la naturaleza parece empujar á un sexo hacia el otro. El sol abrasa, la sangre hierve, la más dulce embriaguez invade nuestros sentidos... No cabe duda: para amar *bien*, la columna termométrica debe estar marcando 25 grados sobre cero.

—La verdadera temporada del amor es el otoño,—opina otro consultado.—El otoño, la estación de los frutos sazonados y de las puestas de sol llenas de poesía; la época en que las mujeres, de regreso del campo, vuelven radiantes de dicha, saturadas de oxígeno y pletóricas de vida y de deseos.

—Nó, señor,—afirma otro.—O debe amarse en la primavera ó no debe amarse nunca. Si el amor es juventud, placer y alegría, ¿dónde encontrar para él marco más digno que el de esos jardines que Abril y Mayo cubren de flores, de esos prados alfombrados de esmeralda, de esos bosques en que los pájaros y la brisa elevan al cielo el más bello y armonioso de los himnos?

LOS HOMBRES DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS



1. THOMAS, arquitecto del Gran Palacio de los Campos Eliseos.—2. DELGRANE, arquitecto del Gran Palacio de los Campos Eliseos.—3. GIRAULT, arquitecto del Pequeño Palacio.—4. CASSIEN-BERNARD, arquitecto decorador del puente de Alejandro III.—5. PICARD, Comisario General de la Exposición.—6. COUSIN, arquitecto decorador del puente.—7. RÉSAL, ingeniero constructor del puente.—8. LOUVET, arquitecto del Gran Palacio de los Campos Eliseos.—9. ALBY, ingeniero constructor del puente.

La Saeta

—Déjense ustedes de romanticismo cursi,—dice finalmente otro —La estación más á propósito para amar, es el invierno, al suave calor del hogar, *ella* muy juntito á nosotros y oyendo caer la lluvia que azota los cristales de nuestra ventana.

¿Lo ven ustedes? Para todos los gustos y de todos los colores. Cuatro votos, cuatro pareceres distintos.

Y como la pregunta que al principio hemos formulado queda incontestada, no hay más remedio que repetirla:

La temporada del amor, ¿cuál es?

*
**

Madame de la Sabliere, mujer galante, amiga por cierto del fabulista La Fontaine, aguantaba un día el sermoneo de un magistrado pariente suyo, que le reprochaba sus interminables ligerezas.

—¡Parece increíble!—le decía.—¡Siempre tras el amor! ¡Siempre nuevos amantes! Las bestias, al menos, sólo tienen una temporada.

—Es verdad,—repuso la alegre señora;—pero vos sois el primero en confesarlo. Eso lo hacen... las bestias.

¿Será esta la verdadera solución del problema?

Es decir, ¿vendrá al cabo á resultar que la temporada del amor es *todo el año*.

ADOLFO PALMA

EN LA FRAGUA

Negro crespón en el espacio ondea;
negro penacho en el fogón levanta
la llama que, ora recta se agiganta,
ora rota en jirones centellea.

Frente á frente al jayán que martillea
el hierro que en el yunque se quebranta,
un tiznado rapaz alegre canta
mientras la barra sin cesar voltea.

Todo allí traba atronador combate;
todo hirviente y brutal protesta y late
en el recinto de negruras lleno;

todo allí alienta con potente brío,
y parecen cantar su poderío
juntos el yunque y el titán y el trueno.

AL DESENGAÑO

Te miro por doquier, doquier te siento
flagelar mi existencia combatida;
la más ruda experiencia de la vida
tú le das á beber al pensamiento.

Tú has logrado arrastrar en un momento
la fe que un tiempo me sirvió de egida,
como arrastra la hoja desprendida
del árbol mustio, del Otoño el viento.

Cobarde y sigiloso en torno mío,
siempre implacable, del placer que ansío
gustar, te vistes las benditas galas;

como el vampiro de la zona ardiente,
me arrullas y me besas blandamente,
antes de herirme, con tus negras alas.

ARTURO REYES





Sátiras

Un éxito: *La Cara de Dios*; otro éxito: *¡Pobres hijos!* Total dos triunfos y ninguna obra buena.

Ya la solté; no era eso, precisamente, lo que trataba de probar; pero mi pluma es incorregible, y en cuanto ve á la voluntad un poco distraída, hace lo que se le antoja, sin respeto alguno á las conveniencias... y á los convencionalismos.

Es verdad que el respeto que tienen Arniches y Blasco á otras cosas más respetables, que me lo planten en la punta de la nariz.

Pero, en fin, de todos modos, ¿cómo me las arreglo yo para decir que *La Cara de Dios* (que más parece *cara del diablo*, según la ha puesto Arniches) no es obra de ley, siendo así

que continúa en los carteles, y el público la ríe y celebra, y los revisteros de *pluma de gacela* (y aún algunos que no son revisteros, sino *literatos*... nerviosos), han agotado los epítetos y las figuras encomiásticas: Pues algo parecido me ocurre con *¡Pobres hijos!*, que es otra que tal. Saldrán por ahí diciendo que es mucha osadía ya querer oponerse á tan claros y hasta indiscutibles testimonios: eso sí no me pintan como pintan á los críticos todos los pedantes: comiéndome los puños, malhumorado é hidrófobo. Pero conste que será engañar al público como le engañan esos famosísimos genios, jugando al teatro lo mismo que yo jugaba cuando era chiquillo: con decoraciones y personajes de cartón. La única diferencia que hay, consiste en que el cartón de estos niños grandes es cartón piedra, ni más ni menos que el ingenio y la facundia de que hacen gala. Hasta hay otro parecido más asombroso: que aquellos marqueses, generales y aldeanos de mi juguete hablaban por boca mía, puesto que el fabricante no había podido darles voz. La diferencia también es en esto más terrible. Voz tienen los cómicos, pero los autores les dejan mudos para que se expresen según á éstos les viene en antojo.

Bueno: decía que no es cierto que yo tenga el humor negro; pongo lo que ustedes quieran á que no hay un solo espectador que haya puesto cara más alegre á esa *Cara de...* Arniches. Lo digo sinceramente; pasé un buen rato. ¡Apenas me hacen gracia los disparates! En *¡Pobres hijos!* me reía, poco menos que á casquillo quitado, durante las situaciones más serias, verdaderamente lúgubres, cuando el público estaba pasmado de emoción. Sí que lamento que tales obras se anuncien y se den, como se da un poco de carne podrida, á la «fiera», y que luego andemos engañándonos unos á otros con aplausos inverosímiles, con adjetivos convencionales, y con otras pimentas que echamos al guiso de nuestra ignorancia nacional.

Yo cierro los ojos; desaparecen en la abstracción espectadores, críticos, revisteros, compadres y comadres, y me pregunto:

—¿Esas obras son buenas? Nó; son malas, rematadamente malas. Destruyamos todos los prejuicios, hasta el de que el público ríe, y no serán ni siquiera dignas de leerse por un director de escena que ame el arte, que sienta el arte, ó que sea por lo menos ilustrado. Pero como esos prejuicios no se destruyen por ahora, el único que está equivocado en el juicio soy yo. Los demás no piensan así.

No me importa. Lo arrostro todo, hasta la impopularidad, con tal de no mentir descaradamente.

Y en efecto: *La Cara de Dios* no es más que un amasijo de escenas, entre melodrama y novela por entregas: no quiero, no es ésta la ocasión, ni vale la obra la tarea de entrar en su análisis. ¡Qué análisis ni qué niño muerto! ¡A cualquier hora lo resisten dos hombres y una mujer que andan tres actos, estirados en fuerza de telones, jugando á la gallina ciega!

Con decir lo que expreso á continuación, basta: le han dicho al señor Arniches que se ha doctorado de Sellés y de Dicenta. En cuanto á Sellés, con quien no estoy hasta cierto punto conforme, resulta eso una herejía; en cuanto á Dicenta... pues, en cuanto á Dicenta... *La Cara de Dios*, sin ser copia, recuerda, efectivamente, al *Juan José*, y en suma, no es sino una aberración del drama (ni siquiera parodia), drama que es otra aberración.

El *Juan José* es positivamente *pésimo*, y esto sí que lo analizaré, si se empeñan: de modo, ¿que dónde coloco *La Cara de Dios*? ya lo he indicado antes: nó en la Gloria; si acaso en el infierno.

Mi pluma es *impía*, lo reconozco; pero si Arniches no fuera un autor fácilmente aplaudido en Madrid, donde se fabrican éxitos, y no fuera Blasco el *maestro* por... por autonomasia, reconocido *maestro* por los periodistas, el público no habría podido hacer demostración alguna durante la representación de sus obras.

Yo, en el lugar de Blasco, desdeñaría esa popularidad. ¡También son *maestros* Guerrita y Mazzantini, y maestro llamo yo al zapatero que me echa tacones y medias suelas!

Clak



Conquistar un nombre

Luis y Enrique eran íntimos amigos, á pesar de sus caracteres opuestos; los dos habían nacido en el mismo pueblo, juntos aprendieron las primeras letras, al mismo tiempo empezaron la carrera de leyes y en igual día también la abandonaron, aunque por causas distintas.

Ninguno tenía vocación para la abogacía. Luis, en vez de estudiar, se pasaba la vida jugando al billar, al *baccarat* ó al monte; sus trajes, hasta los libros, los tenía empeñados; su amigo tampoco estudiaba: ¿por qué?, por no tener afición á aquella carrera, pero nó por esto hacía la vida de su compañero; en vez de gastar el dinero y el tiempo en el vicio, empleaba lo primero, en libros de literatura; y lo segundo, en leerlos, es decir: en estudiarlos.

Ambos, sin embargo, tenían las mismas aspiraciones, los dos deseaban llegar á *ser algo*, sus sueños dorados eran el poder conquistar una posición y un nombre; en el modo de conseguirlo estaban muy distanciados.

Enrique soñaba con ser un gran novelista ó un eminente dramaturgo, y abrigaba esperanzas de lograrlo: ¿cómo?, trabajando con fe, con ahinco, siendo constante en el estudio, luchando... y, por fin, venciendo; á Luis le preocupaban poco los medios que había de valerse para ser rico; éste era su afán: tener dinero, pues teniendo dinero,—decía,—se tiene un nombre; ¿cómo conseguirlo?, de cualquier manera: era capaz de todo; en él era proverbial aquello de *que el fin justifica los medios*.

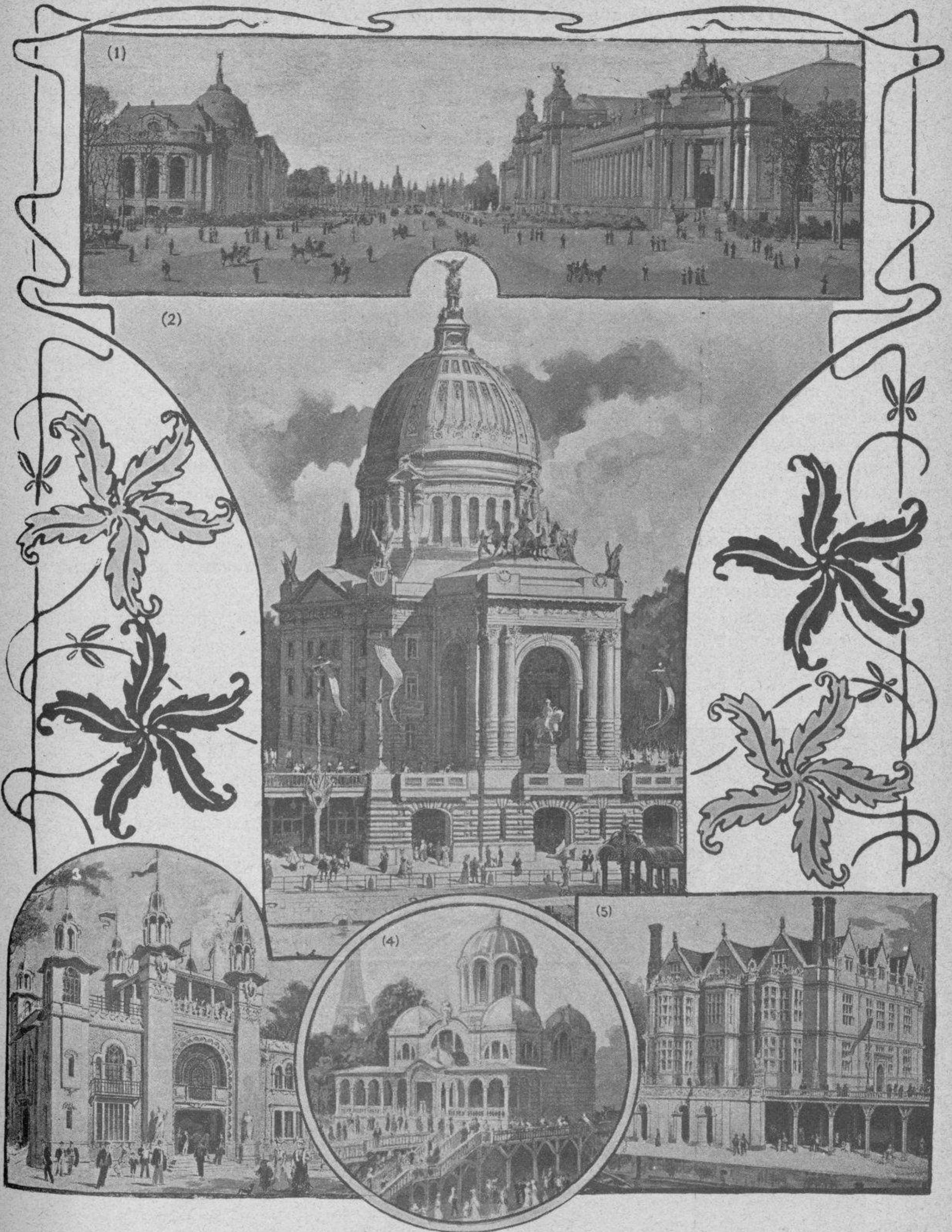
Un día, decidieron venirse á Madrid en busca de más amplios horizontes donde poder desarrollar sus pensamientos.

Llegaron á la corte sin más compañía que unas pocas pesetas y dos cartas de recomendación; una de ellas para el señor Rodríguez, redactor de un importante periódico; la otra era para el conde de H., senador, muy influyente é inmensamente rico; en estas dos personas confiaban mucho, particularmente Luis; su amigo, á decir verdad, confiaba más en sí mismo, en sus propias fuerzas.

La primera visita que hicieron fué á Rodríguez, el cual los recibió con la mayor afabilidad; al terminar de explicarle Enrique lo que anhelaban, contestó el periodista:

—A la persona que recomienda á ustedes estoy sumamente reconocido, y por esto debo hablarles con entera franqueza y sinceridad. Amigos míos, en Madrid es muy difícil darse á conocer. Son muchos los que vienen con la misma pretensión: los más, aburridos y desesperados, se tienen que marchar. Aquí, al talento, á la inteligencia y á la honradez, rara vez se le abren las puertas; el que quiera ser algo, tiene que agarrarse á los faldones de algún prohombre, ser entrometido, audaz... *un desahogao*, como vulgarmente se dice; hablar y escribir de todo, aunque de nada se sepa; el que no haga esto, le será casi imposible el poder llegar... La cuesta, á más de pendiente, es larga... con muchos baches, y son contados los que tienen fuerzas y voluntad suficientes para subirla por sí solos; la mayoría llegan hasta la mitad... ¡rendidos!... y entonces retroceden ó buscan ayuda para continuar; pocos, muy pocos son los que descansan y toman nuevos bríos para seguir andando y llegar hasta el final; *el desahogao*, como decía antes, suele encontrar esa ayuda; el otro...

LA FERIA DEL MUNDO



EDIFICIOS MÁS NOTABLES DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

1. Avenida Nicolás II, puente de Alejandro III y Explanada de los Inválidos.—2. Palacio de los Estados Unidos.
3. Pabellón de Bulgaria.—4. Pabellón de Servia.—5. Palacio de Inglaterra

La Saeta

Luis salió satisfechísimo de casa de Rodríguez; Enrique, por el contrario, se sentía con-
tristado; él no servía, no sólo no servía, sino que no quería seguir aquellas máximas, máxi-
mas que le parecían erróneas, por creer que el talento y el trabajo en todas partes tenían que
abrirse paso, y más en la primera capital de España.

Visitaron al conde de H., y gracias á éste, entraron como modestísimos *reporters* de un
popular diario.

Para Luis, los días y las noches eran una perpetua francachela; no había café, teatro ó
circulo que él no frecuentara; estaba hecho un despreocupado y un calavera de marca mayor.

Enrique, las horas que le dejaba libres su ocupación, en vez de dedicarlas como su com-
pañero, las aprovechaba en escribir un drama ó una novela.

En un teatrillo-*concert*, muy visitado por Luis y gente de su calaña, conoció á una *divette*,
hermosa mujer, atractiva, con esa atracción tan *especial* en esa clase de *artistas*, se enamoró
de ella locamente (según afirmaba), y la hizo su esposa, sin ignorar que la *tal* había sido que-
rida de varios personajes, y que en la actualidad lo era del conde de H.

Apenas llevaba un año de casado, ya Luis era un hombre de viso; con el apoyo del conde
de H. y aún de otros, llegó á ocupar altos puestos, á tener coches, criados, abono en el Real...
en una palabra... ¡era rico!; había logrado su ideal, ¡ser rico, y tener un nombre! (popular
por cierto). El cómo lo alcanzó, le tenía sin cuidado... *el fin justifica los medios*.

Enrique también contrajo matrimonio; su mujer era muy pobre, pero muy honrada;
siguió largo tiempo luchando, *subiendo la cuesta* poco á poco, pero con constancia, sin des-
fallecer, sin buscar *ayudas*, con el deseo fijo de llegar, pero llegar por sí solo. Lentamente se
fué creando un nombre, al par que eminente, honrado, y al fin de su calvario, aquel *reporter*
fué uno de nuestros primeros literatos: vivía con lujo y era por todos admirado y respetado.

Los dos vieron convertido en realidad sus sueños dorados, sus aspiraciones de estudiantes.
¡Pero qué caminos tan distintos eligieron!

Los dos fueron conocidísimos en Madrid: el uno, ¡por trabajador y honrado!; el otro,
¡por sinvergüenza!

JOSÉ CABELLO



ÍNTIMAS

Del cielo se ha fugado
una estrellita;
¿no sabes quién la tiene,
niña bonita?
Pues me interesa
el saber quién ha visto
á mi Teresa.

* * *

Tus delicadas manos
bella Jacinta,
eslabones de plata
unen en cinta;
formas cadena...
y en ella de amor rindes
á un alma en pena.

* * *

Recuerdo que mi madre
siempre decía:
—Este será mi amparo,
mi gozo y guía.
Murió antes ella...
y en las tinieblas vivo
sin mi luz bella.

JOSÉ BORRELL



¡Si ese gatito
entrar quisiera

por la gatera
de mi portal...

LA CANTAORA

A mi buen amigo don Jacinto Flor de Romero



EN el pequeño escenario de un renombrado café de Madrid, salían por turno las *cantaoras* andaluzas.

La circunstancia de ser domingo, atrajo gran concurrencia al local. Cuando yo entré, apenas se cabía; me instalé como pude alrededor de una mesa de marmol, próxima al teatrillo; pedí horchata, y entre sorbo y sorbo fijé la atención en la artista que iba á cantar.

Era joven, morena, de ojos negros, bajita, muy airosa. Su elegante peinado guarnecido de claveles y el traje de raso azul, envuelto en riquísimo mantón de fleco, le sentaban á las mil maravillas.

Cantó algunas canciones. ¡Qué *sevillanas* aquéllas! Muy inspiradas, muy sentidas. ¡Y qué voz la suya! Voz llena, agradable. Después, Consuelo, que así se llamaba, echó mano de las castañuelas, y bailó al estilo de su tierra. ¡Qué movimientos tan graciosos! ¡Y qué delirio cuando en el desenfreno de la danza veíanse flotar las blancas enagüitas de caprichosos y bien planchados encajes, y se marcaban líneas y curvas en espléndida confusión!

Terminado el número, salió al café. Sentóse entre varios de sus tervientes admiradores. La convidaron á *moka*. Entre todos ellos armaban un barullo de mil demonios. Contábanse chascarrillos, oíanse palabras obscenas, se reía á casquillo quitado. Uno de los entusiastas, completamente alcoholizado, acercóse á Consuelo con intención de besarla. Ella fué lista y supo apartar el rostro; pero no consiguió con esto otra cosa que irritar al estúpido borracho, quien con cínica audacia abrió los brazos y estrechó aquel delicado cuerpecito, riéndose con risa burlona, de sátiro salvaje y asqueroso. La andaluza se puso de pie, y echando una mirada altiva, de soberano desprecio á toda aquella gente ruín que no había sabido defenderla, se alejó de allí. Envalentonado el beodo, quiso continuar la broma, pero como pasara Consuelo por el lado mío, me interpose amenazando

al agresor con el puño; resistió él y aun trató de acogotarme; pero como el alcohol le tenía completamente trastornado, fácil me fué vencerle, y á empujones le arrojé fuera del local. Algunos me aplaudieron. Consuelo me dió las gracias con acento conmovido.

Volvió á presentarse en el escenario, radiante de hermosura. Cantó admirablemente una *guajira* que tuvo que repetir. Compré á una vendedora de flores que acababa de entrar un manojo de rosas y pensamientos, y lo tiré á las tablas. Ella lo recogió sonriendo graciosamente, y se lo llevó á los labios para aspirar sus aromas y besarlo repetidas veces...

El espectáculo terminó tarde, como de costumbre. Salieron casi todos los concurrentes. Yo continué tomando cerveza.

Cuando Consuelo se disponía á salir acompañada de una vieja, me brindé á darle escolta, á lo cual accedió mostrándose agradecida y deferente, y poco después me encontraba á su lado en un piso de no sé qué calle y en preciosa salita amueblada con gusto.

Me parecía un sueño, pero yo conversaba con ella, sin más estorbo que su anciana madre, la cual quedó dormida en la perezosa. Se veían en la mesita del centro botellas, pasteles y flores esparcidas... El oloroso Jerez y el Champagne *Moët* reanimaron nuestros corazones, encendiendo la sangre y desatando nuestras lenguas. Era tan linda, tan inteligente, tan generosa, que me sentí perdidamente enamorado. Cuando ella oyó esta declaración: «tú serás mía. Quiero hacer de ti una esposa amante y feliz,» se levantó del sofá y me cogió la cabeza acercándola á la suya para mirarme profundamente. Después me besó y dijo que no daba crédito á mis palabras, pero que á pesar de todo me quería mucho...

Fué una noche deliciosa. Me costó trabajo despedirme de Consuelo, porque ví en ella á la mujer soñada. Sus encantos me atraían de modo irresistible, y no he vuelto aún de mi asombro. Me parece extraño que una *cantaora* me haya inspirado tanta adoración.

He pretendido olvidar aquella dichosa aventura, pero estoy viendo que difícilmente lo conseguiré. Es muy lógico.

¿Cómo ha de borrármese el recuerdo de aquella muchacha adorable, nacida bajo el purísimo cielo de Granada, entre jardines, y al arrullo de misteriosos cánticos repetidos por ella con la delicada expresión de su alma joven, apasionadísima?

FRANCISCO COLLADO

ELÉCTRON

Mens agitat molem.

Sobre la elevada torre
que remata el sacro templo,
rígido, inmóvil y altivo,
retando al aire, sereno,
que con fuerza ruje y silba
junto á su vara de acero,
un pararrayos levanta
el perfil delgado, escueto,
burlándose de las nubes
que allá arriba empuja el viento.

El es guardián vigilante
en el temporal deshecho,
y pugnando con las rachas
del torrencial aguacero,
desnudo, mojado y solo,
pero sin temblor ni miedo,
casi oculto por la bruma
de los vapores grisientos
donde el vendabal anida,
rasga sus entrañas, fiero,
y abrasa el agudo dardo
en la lumbre de San Telmo.

El es la espada flamígera
de los combates aéreos:
á las águilas da antojos
y á las estrellas recelos;
y por derribarle, airado,
en vano se cansa el cierzo.

Junto á la dorada flecha
del colosal monumento,
dirige, osado, al espacio,
de los infinitos cielos
su punta tersa y cobriza,
que al sol despide reflejos;
mientras le liga una cuerda
que es cable forzado y tenso.
Nervio vibrante, que manda
al pozo, en la tierra abierto,
de la luz de los relámpagos
el fulgurante destello,
del huracán los rugidos,
las explosiones del trueno.

Más abajo, junto al muro
que sirve de tapia al huerto,
resistiendo á duras penas
el fuerte embate del tiempo,
tender á sus dos costados
los largos hilos de hierro,
también rígido é inmóvil,
vése un poste de telégrafo.
El color gris de su palo,
lo pobre de su aparejo
es difícil se distingan
por entre el ramaje espeso
de los olivos frondosos
que cubren todo el terreno.
La hermosa flor del granado
que crece tras de los setos
asoma su cáliz rojo
por cima del tosco leño,
mientras amorosa parra

cuelga sus racimos negros
de los alambres tendidos,
de los hilos cenicientos,
que temblar hace la brisa
con rítmico cabeceo.

Esos alambres delgados,
que metal tienen por cuerpo,
por alma tienen, potente,
el alma del mundo entero.
Por ellos corren veloces
las llamaradas del genio,
y saltan miles de leguas
en un segundo, más presto
que suena en labios amantes
el estallido de un beso;
por ellos circulan rápidos
suspiros, voces, deseos,
los chispazos de alegría,
la angustia que oprime el pecho,
lo que engrandece á los hombres,
lo que nutre al pensamiento;
todo lo que aquí en la tierra
hace soñar con el cielo.

Esos alambres se tienden,
se escapan, corren muy lejos,
las altas sierras dominan,
cruzan los valles extensos,
en los túneles penetran
de los Alpes gigantescos,
á la sombra de las palmas
atraviesan el desierto,
y, cuando ya fatigados
de correr tan largos trechos,
se detienen á la orilla
de los mares turbulentos,
en el abismo insondable
aun se sumergen intrépidos
para unir trozos de mundo
con sus cordones de hierro.

¡Soplo terrible y divino!
¡De cuántos modos tu imperio
por mecanismos ocultos
consigues poner en juego!
Más á comprender alcanzo
que es uno mismo, el supremo
poder que agita los hilos
del tosco y pobre madero,
que el que vence el pararrayos
y sepulta en tierra luego.
¿Acaso el alma ambarina
que descubrió el de Mileto,
las chispas, que del caballo
en Rodas sacó Tiberio,
los resplandores que en África
vió César en sus guerreros,
y de Júpiter las iras,
no son, al fin, el reflejo
de una fuerza misma, sola,
que todo lo empuja á un tiempo?
¡Fuerza que en el rayo mata,
que da vida en el telégrafo;

DÍA NUBLADO



—¡Pobrecito sol, cómo se entristece! ¿Será que ya sabe algo del eclipse que se le espera?

La Saeta

fuerza que en ascua brillante
troca los carbones negros,
y con sus fulgores vivos
avergüenza á los luceros;
fuerza que quema la pólvora
hundida por el barreno
en el corazón del monte,
para abrir senda al progreso;
fuerza por la que, en la helada
región de fríos eternos,
la nocturna aurora anima
el resplandor de su incendio,
en igual foco que mueve
la agitación de mi cuerpo!

¿Dónde estás, poder sublime,
que anonadas con el trueno,
que deslumbras con el rayo,
de tu luz débil destello?
¿Dónde hay que buscarte, dónde?
¿En los abismos del cielo?
¿En la tempestad que muje?
¿En los volcanes ardiendo?...
¿O en la voz que sutil vuela
por los hilos del teléfono?
¿Llenas también el espacio

PARA ÉL



—Este moño me sale
que ni pintado

Si ni así no le gusto,
¡que vaya al diablo!

interplanetario inmenso,
en que rodando los mundos
ponen á los soles cerco?
¿Eres tú del infinito
inquebrantable cimiento?
¿Estás en la temblorosa
aguja que, al marinero
señala siempre los polos
ocultos tras de los hielos,
ó en el mirar cariñoso
que estremece nuestros nervios
y arrastra por nuestras venas
hirvientes olas de fuego?

No estás sólo en una parte,
que estás en todas á un tiempo.
Eres el rayo en las nubes,
corriente, en los hilos férreos;
te llamas chispa, en las piezas
del poderoso instrumento.
¿Quién sabe si también eres,
tú mismo, escondido Eléctron,
el que ayuda en sus trabajos
maravillosos al genio,
y ancho surco abre á la idea
en el fondo del cerebro!

AMALIO GIMENO

Cañitas

I

Ojalá te sirva yo*
cuando te encuentres á obscuras
como rayito de sol...

II

Pena me das morenilla
por tu modo de pensar.
Tú no puedes ser feliz
porque dices la verdad.

III

Por cumplir una palabra
estoy en tus redes, preso.
¡Cualquiera os aguantaría
si todos hicieran eso...!

IV

¡Si yo mismo me desprecio
quién me vá á querer á mí.
Sé que eres tú, quien me mata
y aun quiero morir feliz...!

V

Mi cariñito y el tuyo
forman un sólo querer;
son cual gotas, que al juntarse
no se pueden deshacer...

J. ENRIQUE DOTRES



Cierra los ojos, morena,
anda ya, ciérralos presto,
que la luz, según me han dicho,
hoy paga no sé qué impuesto.

Cuartillas sueltas

VAMOS á presenciar un espectáculo curioso. Es decir, lo presenciarán algunos, porque no es cierto que en todas partes cuecen habas, como reza el refrán. En unas partes habrá eclipse, y en otras nó.

Se entiende, eclipse solar, porque hay otros eclipses en España verdaderamente totales; por ejemplo, el eclipse del oro, que es tan sol como el astro del día, y como él ilumina, abriga y alegra cuanto toca. Si quieren ustedes hacer la prueba, mándenme un saquito de peluconas; nó, no tanto; con moneditas de cinco me conformo. También sufre un eclipse así el morrión de Sagasta, y gracias á que por ello estamos á oscuras, pueden desarrollarse en la sombra una porción de murciélagos y sabandijas. Bien se tocan algunos himnos para asustarlos; pero resultan música celestial. Habrá que desempolvar los papeles del Himno de Riego.

Remontémonos otra vez para olvidar estas tristezas, y sobre todo para evitarnos un tropiezo desagradable.

Esta vez el sol no ha olvidado á nuestra península. Nos coge de medio á medio, es decir, nos atraviesa. Se ha dicho Febo: esos pobres españoles están aburridos; Silvela no tiene gracia para distraerlos; Villaverde, en lugar de tocarles peteneras, les toca el *De profundis*. Pues nada, que se entretengan un poco.

Pero el sol, como está tan alto, no sabe que á nosotros ya no nos preocupa nada: ni los eclipses suyos ni los eclipses nuestros.

Antes, al sólo anuncio de que se iba á convertir el día en noche, temblaban las esferas. Las gentes se preparaban á bien morir; confesaban y compraban escapularios y cera bendita. No había un novio que pudiera lograr un beso de la novia, y eso que extremaba el argumento diciéndole:

—¡Pero, hija, si se te va á comer la tierra!

—Por eso, ya ves qué atroz pecado: ¡que pienses en cosas deleznable y transitorias estando á dos dedos de la eternidad!

—Hay tiempo de pecar y convertirnos; faltan tres días.

Ahora ya estamos curados de espanto: los únicos que se aprovecharán del eclipse serán los del gas ó los del petróleo. No creo que hagan examen de conciencia unos cuantos señores que están en descubierto conmigo. Los amantes bendecirán la ocasión extraordinaria que les ofrece el eclipse, y en lugar de acabar el mundo, lo que hará es aumentarse, como si lo viera, digo mal, nó, no quiero verlo. Los timadores, carteristas, *et sic*, ensancharán su negocio.

¡Ah! Y en Elche, á donde parece que se encaminan las comisiones extranjeras y nacionales, encarecerán los dátiles.

Esté mes de Mayo se inauguró con discursos, con mucha y variada parla de una infinidad de apóstoles que quie-

ren labrar nuestra dicha. Seguirá la monumental visita de Dato á los catalanes, y el sol nos dejará á oscuras.

A mí el eclipse ese me viene de perilla: buena coyuntura para prolongar mis doce horas de sueño.

—¿Todavía no llega la aurora, ni canta la alondra? Pues á dormir.

CLAUDIO UGENA

MIS MUJERES

LA GITANA

III



ADRE, qué hermosa estaba en aquel momento! Parecía otro ser, otra criatura; ¿es ó no es verdad que la expresión del rostro puede modificarse, que hay movimientos de ánimo que prestan á la fisonomía brillantez y luz? Replico rotundamente, sí. Yo nada pongo en estos relatos; no sé mentir, no sé inventar, no soy poeta: cuento mis observaciones, acudo al arsenal inagotable de mis notas. Procuro recordar fielmente la *emoción* que he sentido, y ser sincero y escrupuloso en mis apuntes, para que á la postre no parezca petulante y rudo el título que he dado á esto que, si no es *novela*, mejor dicho, *novelería*, tampoco entra en el capítulo de

las memorias. Ya se verá qué he pretendido decir escribiendo *Mis mujeres*.

—¿Gitana? ¿Eres tú gitana?—pregunté con acento candoroso, dulce y enamorado á la par; y sin darme cuenta de lo que hacía, por movimiento instintivo, con irresistible impulso la cogí entre mis manos, levanté su barbilla hacia el farolillo, para que proyectase su siniestro livor la llama en aquella faz morena, atezada, de líneas fuertes, en que yo no me había fijado aún.

—¡Madre, qué hermosa!—repetí en voz alta, traduciendo el entusiasmo que me produjo aquel delicioso mohín.

La gitana sonrió: como si resbalara su voz por mis oídos, llegó hasta mí esta pregunta:

—Dí la verdad, pero díla: ¿sí que te parezco guapa?

Tenía yo su rostro aprisionado deleitosamente, con expresión suave, dulcísima; apretáronse entonces las manos... La acerqué más... más... juro que estuve á pique de darle un beso, y juro también que no se lo dí. De los labios se escapó el beso, pero no cayó en su boca ni en sus mejillas; se perdió en el aire. Sonriendo exclamó la joven:

—Besa, besa... ¿por qué nó?

La besé, con ósculo tierno, delicado; salió de... no sé de donde, de adentro, de muy adentro, sin mácula. Ríanse los descreídos: en aquel beso no iba el más tenue soplo carnal. Y no hay en la escena descrita otro romanticismo que el propio de los años, perdidos para todo lo que no fuese sentimiento, *vida*, dulzura, goce de *vivir*. Entonces era mi alma ingenua, mi carácter puro, sencillo. El relámpago deslumbraba mis ojos, asordábame el trueno, pero no me infundía temor, ni susto, ni asombro la tempestad. Yo he amado siempre á la Naturaleza: he sido pagano en todos los instantes; primero que la idea *hiriese* mi cerebro me había *calentado* con sus efluvios el sol, y la montaña y el mar habían *saturado* mis pulmones. ¡Qué ambiente! ¡qué horizontes aquéllos! ¡qué fuego en la atmósfera! ¡qué luz en el aire! ¡qué poesía, qué incopiable poesía, qué majestad, qué sublime majestad, en las calmas serenas, en el despertar del día, en los crepúsculos, en las noches! ¡Y qué írritos corajes de los elementos salvajes en las tormentas hórridas! ¡Cómo *vibra* el espíritu cuando así se entra en la juventud!...

La gitana no correspondió á aquella caricia infantil. Digo mal: cierto que su boca no hizo gesto alguno, pero en cambio sus ojos me entregaron una mirada profunda, brillante, deliciosa. Había en sus pupilas un fuego misterioso y un raro poder de fascinación.

—¡Vuelta á empezar!—murmuró dejándose caer desfallecida en el asiento; apoyó su cabeza en la ventana y se puso á mirar tristemente la llanura silenciosa y desierta que se extendía delante de nosotros. Habíamos salido de aquel barranco horrible, y ahora el coche corría por una carretera hasta cierto punto aceptable. Las mulas se arrancaron al trote sin excitación del mayoral; debía dormir; la Estrella soltó un relincho como burlándose de él, sorprendida acaso de que no la arrease con una sarta de letanías.

—Va á hacerte daño el frío de la noche,—exclamé con cariñosa solicitud.—Hay mucha humedad.

—Mira, llueve: hace un rato que estoy sintiendo con delicia la frescor del agua en el rostro; toda mi sangre quema, tengo un fuego encendido aquí, y la llama sube, sube y me abraza aquí.

Y diciendo esto, señalábase el corazón y la cabeza.

—Métete dentro, no seas loca.

Obedeció encogiéndose de hombros. Levantó el cristal, y como arreciara el aguacero, oímos golpear la lluvia en los vidrios. Mansamente, como si continuara una conversación interrumpida, agregó aquella encantadora criatura:

—Te he dicho que ya no tendría fuerzas para matarme; pero me es indiferente morir ó vivir: ahora me parece que no vivo, que ando por el mundo dormida como una sonámbula; ¡vamos, que es muy raro esto que siento yo! Mi existencia no tiene objeto definido; no hay en ella sueños, ni esperanzas, ni ideal; está vacía: es como un pozo muy negro y muy profundo. Dejo que me lleve el coche de la misma manera que podría quedarme en el camino. ¿Por qué nó? ¿qué más da encontrarse en la montaña entre las fieras, que en la ciudad entre los hombres. Todos tienen la misma entraña cruel.

Decía todas estas palabras con desmayada expresión; pero, ¡tenían un dejo tan amargo!

—¡No hay nadie que te quiera, que piense en ti!

—Nadie. Estoy sola... abandonada,—añadió con siniestra ferocidad.

¡OH, LA INOCENCIA!



—¡Qué lástima que en vez de ser velo de comunión no sea velo de desposada!

La Saeta

Permaneció breves momentos pensativa; de pronto, obedeciendo á un impulso irresistible, se acercó hacia mí estrechando la distancia y dijo, apoyando uno de sus brazos en mis hombros, afectuosamente:

—Abandonada. ¿Sabes lo que significa esto? Significa que he amado con locura, con desesperación á un hombre.

—¿Y que le amas aún?

—No sé, no me interrumpas. Quiero contártelo. Antes no podía... me daba asco acordarme siquiera. Ahora, ¡siento unas ganas de hablar, de dar voz á los pensamientos mudos para que no me martiricen tanto, y de soltarlos como cuando se abre la puerta á un pajarito para que recobre la libertad! A ver si así echan el vuelo y se pierden en lo azul y se me acaba la murria. La murria es cosa muy fea, sobre todo para una gitana. Una mujer como yo debe matarse ó no acordarse en todos los *jamases* de su desventura. Yo ya he querido lo primero y no lo supe hacer; vamos ahora por lo otro.

Y como si deseara confirmar por la acción aquella sentencia, volvió á correr el cristal de la ventana, miró al fondo obscuro de la noche, que á lo lejos la lluvia pertinaz hacía impenetrable, y exclamó lúgubrememente:

—¡Que se vayan, que se vayan... que no quede nada de ellos aquí dentro... recíbelos y escóndelos para que no los vea más, oh Dios!

Pasóse una mano por la frente, apartó de ella los cabellos, los alisó con coquetería, y me cogió la mano. Aunque la franca pesadumbre de aquella pobre mujer me tenía conmovido, no pude evitar que asomara á mis labios una sonrisa. Para animarla á la confianza amistosa, pregunté:

—¿Vas á decirme la buena ventura?

También ella sonrió, pero tristemente.

—La mala,—repuso.—La mía. La buena ventura, si Dios te la da. . . y á mí Dios no me la ha dado. Es decir, no lo cuento bien; me la dió y me la quitó, y ¡cuánto más habría valido que no me la concediera jamás! Oye, ¿tú has sido feliz alguna vez?

—Sí, ahora.

—No vengas con burlas. Digo si has amado á alguna persona mucho.

—Puede que sí. . . pero, si he de ser franco, no lo sé.

—Bueno, no sabes lo que es amor, perfectamente; si quieres un consejo de amiga, procura no saberlo nunca: el saberlo es poseer la ciencia del bien y del mal; pero el mal es más poderoso. Cuando te parezca que estás á punto de averiguarlo huye de la persona que te seduce, huye de ti mismo.

—Tendría que escaparme ahora, y ya ves que esto parece imposible.

—Parece imposible, tú lo has dicho. Así ocurren todas las desgracias. Bien puedes saltar al camino; quedarte ahí aguantando la lluvia, y aún con ese contratiempo ¿quién sabe si saldrías ganancioso? Pero no abres la puerta y echas á correr, porque el peligro no es inmediato. Lo que de pronto te apuraría fuera quedarte á la intemperie, calándote el alma, retrasar el viaje y perderlo. Y no cuento con la facilidad con que me echarías de tu lado, porque no quiero herir tus sentimientos nobles y piadosos. Dale las vueltas que quieras; esa y no otra es la filosofía de la vida: despreciamos los accidentes fortuítos, aparentemente insignificantes, porque no creemos que pueden despeñarnos en la sima del dolor.

J. F. Luján



DE LA PEÑA

(POR UNA COLECCIÓN DE CHICOS LISTOS, AUNQUE GUASONES)

NADA, que se les ha visto el juego.

El gobierno por una parte dedicándole un *casi-ministerio*, y los industriales ofreciéndole, por otra, concursos de carteles, se han declarado protectores decididos del arte. Se salvó la patria, y á Dios gracias, se acabó el hambre entre los del gremio; porque ¡cuidado que se ha dejado sentir estos últimos años...!

Ahora sí que tomarán vuelos los modernistas; por más, que de vuelos y melenas nunca ha estado mal esa gente.

Lo que no me extrañaría es que se dedicasen ahora á tomar... cualquier otra cosa. La cebada, por ejemplo, ya que viene el verano.

**

Y á propósito de concursos.

—¿Qué te parecen los carteles expuestos en el Salón Parés, Yáñez?

—Chico, preciosos; aquello es un maremágnum de telarañas y bolillos.

—Tú sí que eres un solemne *bolo*. ¿Y qué me dices del primer premio?

—¡Toma!, que para mí quisiera las mil pesetas.

—Quiero decir, qué te ha parecido.

—Pues, me ha parecido, que á la pobre muchacha aquella, se le ha subido el agua á la cabeza, y que es mal sitio una rueda dentada para que apoye el brazo. Se va á cansar mucho.

—No te preocupen tanto las hembras, hombre; el sexo débil debe debilitarse, como dijo el otro. Y además, que en peor situación están otras, como por ejemplo la del número 4³, que á pesar de aquel «ad gloriam» que el artista le puso, entre las flores por bajo, la rueda por arriba y las virutas, digo, los cabellos, y las puntillas por todos lados, han metido á la infeliz en tal laberinto, que van á costarle apuros salir de él. Y pensar que se trata de una doncella sola y desamparada... ¡Vamos, que hay hombres sin corazón, en este mundo!

—Y sin cabeza.

**

¡Y qué naranjos tan hermosos crecen á la orilla del mar en el cartel que tiene el segundo premio! Cosas de algún modernista habían de ser.

Esos señores se meten en dibujos agrícolas con un atrevimiento inaudito.

El señor Gasset debía terciar en el asunto, haciéndoles pasar una temporadita en cualquier granja de experimentación.

Allí verían que no es tan fácil plantar coles. ¡La mar salada!

**

Marquina, el poeta de *Odas* en verso libre, ha vuelto de la corte del *tirano* después de haberla *conquistado*.

Yo creí que esperaba el estreno de su *Guillermo Tell* con música de Vives; pero se conoce que lo del estreno... *está verde* aún, como lo de la *conquista*.



GAZMOÑERÍA

—Si no se apartan ustedes de ahí, no doy la vuelta

Me va resultando Marquina un Guerin y sus trabajos literarios el fuerte Chabrol en que se encastilla.

**

He visto *La cara de Dios* en «El Dorado» y también he visto la cara de Arniches.

Y después de ver estas dos caras me quedé pensando:—No sé que tal caricaturizaría Sancha, ese Marquina del dibujo, la cara de Dios; pero como la caricaturizase como caricaturizó la otra cara en *Madrid Cómico*, tengo la convicción de que no la conocía ni el mismo Arniches, porque éste aún no ha llegado á reconocerse en la caricatura, y cuentan que al verla, no pudiendo suponer que fuese él mismo el caricaturizado, exclamó:—¡Que corran á ponerle el Viático á este señor que está dando las boqueadas!

**

Se dan pares.

He leído que Rusiñol pinta escribiendo.

Parejo es rueda.

También Rueda se propuso «ver hasta qué punto le era dable pintar con el armonioso lenguaje castellano»

Y resultó pintura... de brocha gorda.

¡Ay, es tan difícil manejar los pinceles, y más aún convertir en pincel la pluma!

La ruleta de Monte-Carlo

—¿otra vez de vuelta?—dije á don... Manuel. (No es prudente estampar aquí el verdadero nombre del interesado.)

—Ya lo ve usted: Mónaco sólo es bueno para una temporadita.

—Y ¿qué tal? Cuénteme usted sus impresiones. ¿Cómo anda aquello?

—Andar, siempre bien; pero es innegable que Monte-Carlo ha sufrido este año las consecuencias de la guerra anglo-boer. Preocupados los *nababs* ingleses con el aspecto nada halagüeño de la campaña del Transvaal, y no queriendo por otra parte que los franceses, que tanto les han mortificado y zaherido, se aprovechen por esta vez de sus libras esterlinas,—pues sabido es que la mayor parte de los beneficios que obtiene la *Société anonyme des Bains de mer et du Cercle des étrangers* se queda en Francia,—parece que han tomado la patriótica resolución de prescindir de la obligada visita anual á Monte-Carlo, prefiriendo ir á gastarse el dinero en Spa y en Alemania. Con todo, lo que se ha perdido en libras se ha ganado en rublos.

—¿Quiere usted decir que los rusos han sabido llenar en Mónaco el hueco dejado por los ingleses?

—Digna y espléndidamente. Había allí cada bolsa moscovita que hacía temblar la ruleta.

—Suicidios... ¿sabe usted de muchos?

—De eso procuro no enterarme. Supongo, no obstante, que el promedio anual de 48 á 50 casos no habrá sufrido alteración sensible.

—¿Cómo está organizada la Sociedad explotadora del casino?

—Como las otras. Su capital, de 30 millones de francos, está dividido en 60 mil acciones de 500 francos cada una, que tienen asegurado un interés de 5 por 100.

—¿Nada más?... Yo creía...

—Aguarde usted. Este 5 por 100 es el minimum que pueden percibir; pero ha habido *ejercicios* que han arrojado un beneficio de 40 por 100. Balance conozco yo que ha dado un ingreso total de 20 millones de francos.

—Naturalmente, habrá gastos de cuantía.

—Enormes. Sobre 9 millones paga al año por diversos conceptos la *Société anonyme*. Es un presu-

puesto singular. El príncipe Alberto de Mónaco cobra 1.250.000 francos por autorizar la existencia del casino; en tener contenta la prensa influyente para que haga la vista gorda, se invierten 250.000. Ahora imagínese usted los fabulosos sueldos de los artistas que trabajan en el teatro del círculo, de los *croupiers*, del escogido cuerpo de policía, de los numerosos dependientes de la casa...

—Leí, no sé dónde, que la compañía había embelecido notablemente sus salones.

—Lo que en realidad ha hecho es ensanchar su esfera de acción, con el propósito de multiplicar sus ganancias. ¡Ya se ve!... El filón podría agotarse el mejor día, y no hay que dormirse sobre el tapete verde.

—¿Agotarse el filón? ¿Cómo?

—El privilegio que el principado otorgó á la Sociedad expirará en el año 1913. Cuantas veces se ha tratado de explorar el pensamiento de Alberto de Grimaldi-Goyón sobre una posible renovación de ese contrato, se ha sacado el convencimiento de que llegada aquella fecha el soberano de Mónaco no permitirá que el juego continúe un día más. ¿Se explica usted ahora la prisa que el círculo, previendo los acontecimientos, debe tener en exprimir el negocio?

—Supongo que usted tampoco habrá perdido el tiempo.

—¿Yo? Según y cómo usted lo entienda, He visto ganar mucho dinero, he visto perder bastante más, he arriesgado alguna monedilla...

—¿Es cierto que hay martingalas seguras, infalibles?

—¿Para ganar? ¡Ya lo creo!... (Aquí una sonrisa.) En *Le Monaco*...—Apunte usted ese dato. ¡Hasta tienen periódicos dedicados exclusivamente á eso!—En *Le Monaco*, digo, ví un anuncio de una *combinación matemática*, por medio de la cual, con 200 luises y sin ningún riesgo, puede usted ganar 30 ó 40.

—¿Y es realmente segura esta fórmula?

—Tan segura, que... sólo porque se la digan á usted al oído, debe usted pagar 50 francos.—Pero añadió don Manuel, sonriendo otra vez y dando fin á nuestra conversación:—Acaso lo único seguro sea ese desembolso. Recuerde usted siempre que «el mejor de los dados es no jugarlos.»

GLEANER



En las carreras

LOS JUEVES

POR TIRÓN

En Beziars se ha celebrado
 un congreso original,
 que tiene cuatro bemoles,
 y aun creo que alguno más.
 ¿Quién diablos le habrá dicho
 á ese ministro Bertrand,
 que las corridas reales,
 aquí fiesta nacional,
 merecen condena como
 cualquiera barbaridad?
 Ni su excelencia está cuerdo,
 ni entiende de gobernar,
 ni tiene sangre torera,
 que es la desventura más
 grande que puede ocurrirle
 al hombre, ú sea mortal.
 Ese *mosiú* se figura,
 que es cosa de condenar
 por incivil, por inculto,
 por sangriento, por brutal
 tan divertido espectáculo;
 ¿pues te limpias, porque estás
 de huevo! ¿sabes lo que eres?
 pues un *iznorante...* y tal.
 Bien que en Beziars el Alcalde,
 con su congreso sin par,
 te ha dado *mesmitamente*
 una soberbia *patá*,
 y ha hecho de ti un *caricato*
 que deja á Sancha *mú* atrás.
 Si eso pasa entre nosotros,
 ¡válgame la caridad!
 al *montera* lo fusilan,
 y ya hecho ese acto ejemplar,
 lo destituyen, y luego
 suéltanle una credencial
 con cesantía á la vuelta,
 y con viudez y orfandad.

Los congresistas son sabios
 ¡que si lo son! En lugar
 de andarse con temas cursis,
 de *obscura profundidad*,
 han planteado el problema
 á lo ministro, ¡qué! más,
 á lo Villaverde y todo,
 con recargos, y con *sal*.
 Y resulta, en suma y sigue,
 que con esa ley Bertrand,
 se arruina sin remedio
 la Francia meridional.
 También se prueba que al cabo,
 no alcanzan la mortandad
 que los jockeys, los toreros,
 y es por tanto más brutal
 la corrida de caballos
 que la de toros; verdad
 que no tiene vuelta de hoja.
 Si lo quiere comprobar
 el *mosiú*, véngase á España,
 presida y pronto verá,
 como cambia de opiniones,
 cuando le digan «¡barbián!»
 ó escuche frases tan cultas
 como esta frase: «¡morrall!»



SEGÚN CANTAN EN LA ZARZUELA

«Si es en el hombre un vicio
el de fumaren la mujer es gracia
particular...»

Miscelánea

En cierta ocasión fué convidado á comer un sujeto que, por ser la familia de cumplido, no se atrevió á presentar á su hijo, sin previa invitación.

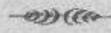
—Mira,—le dijo al chico;—tú me acompañas y no entras hasta que yo te avise.

Llegada la hora de comer, el individuo en cuestión bendijo la mesa en voz bien alta y en estos términos

—En el nombre del Padre... y del Espíritu Santo... Amén...

—¡Calla! ¿Pues y el Hijo, dónde se le deja usted?, —replicó la señora de la casa.

—Se ha quedado á la puerta. Mira, chico, pasa adelante,—gritó á su hijo,—que esta señora ha tenido la amabilidad de convidarte.



A caza salió un casado
de su criado en unión,
y de repente el criado,
—¡señor, dijo: se ha olvidado
los cuernos de munición!
—¡Brava ha sido mi torpeza!
—gritó el amo con fiereza:—
¡fatal memoria la mía,
y eso que yo no tenía
otra cosa en la cabeza!



Un ciego pedía limosna cerca del matadero de Málaga, en ocasión que se escapó un toro que con otros iba á ser encerrado. Por la gritería de los que huían comprendió el pobre ciego el peligro que le amenazaba, y comenzó á gritar:

—¿No hay por ahí un alma caritativa que me arrime siquiera á la pared?—En esto el toro, dándole un golpe, lo llevó donde quería, sin más quebranto que una soberbia testerada.

El ciego, que ignoraba quien fuese tan brusco bienhechor, exclamó:

—¡Por Dios, hermano! Para arrimarme á la pared, no es menester pegar tan fuertes empujones.



Charada

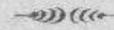
En una *Todo* se hallaba
mi compañero Atanasio,
cuando vió á *segunda tercia*
que en unión de un primo hermano
(según ella aseguró)
entraban de contrabando
una *prima tercia* blanca
metida dentro de un saco...
Y que es fácil la charada,
lector, no puedes negarlo.

MORENO

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 —Nombre de varón.
- 1 2 3 7 3 1.— » mujer.
- 5 1 2 3 1.— » »
- 5 7 3 7.—Animal.
- 3 6 7.—Corriente de agua.
- 3 4 —Nota musical.
- 1.—Vocal.
- 4 5.—Artículo.
- 1 3 7.—Juguete.
- 5 6 3 1.—Instrumento de cuerda.
- 5 6 3 6 7.—Flor.
- 5 1 2 3 6 1.—Calle de Barcelona.
- 1 2 3 4 5 6 1.—Nombre de mujer.

FEDERICO BENAVENT



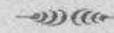
Cruz

```

* *
* *
* * * * *
* * * * *
* *
* *
    
```

Sustituir las estrellitas por letras, de modo que se lean dos nombres de mujer.

R. CERVALLS



Salto de Caballo

	que	mi-			
-rir	que	de	sa-		
te has	-bes	-ra	-ra		
	mo-	no			
	mi-	cuan-			
	mi-	te	te	-do	
que	que	-ra	mi-	(30) -do	(1) Mi-
Dios	está	-ra	-ra	mi-	ran-

Empieza en la casilla (1) y termina en la (30).

IGNACIO CANAS

Soluciones á lo insertado en el número 493

CHARADA.—Zamora.

CHARADÍSTICO.—Caparrosa.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—De nada á nada, cero.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Casimiro.

Correspondencia

por Clak

Q. Q.—¿Qué bien imita usted á los anima'es!

Teodoro.—Si yo me empeñara en ser condescendiente... amable hasta la exageración, diría que sí, que se puede aceptar lo que usted ha escrito. No es tan malo como lo que otros me remiten... y sin embargo, no es bueno. ¿Cómo quiere usted que publique su elegía al sol, que empieza:

«Sol eterno, radiante, universal...»

Imposible. Pidame usted cinco céntimos para fósforos, pero no me pida tamaño sacrificio.

B. V. S.—Mire usted: antes, cuando estábamos en pleno paganismo, no creía poeta alguno en que el sol tuviese alas; creía, precisamente, todo lo contrario: que el sol quemaba las alas de los vates atrevidos: ahora ¡qué demonio! ni creemos siquiera en que Jesús parase el curso del sol. Hasta hay quien se burla de Espronceda, cuando dice:

«Párate, y óyeme, ¡oh sol! yo te saludo.

J. C.—Habrà usted visto que no es nada de lo que usted se figura: sólo ¡que son ustedes tan impacientes, y aquí disponemos de tan poco espacio para complacer á todo el mundo!

E. S.—Efectivamente, debe haberse extraviado la carta, aunque le advierto que eso no es razón para alarmarse, pues son tantas las cartas que recibo, que la contestación no puede ser inmediata. En esto hay un turno riguroso, que sólo por exagerada cortesía, como ahora, se salta.

P. N. O.—Y allá va su «Canto épico.»

«Mi patria no es la patria fementida que abomina del mundo y de los soles, la patria que juega una partida de pelota y come caracoles...»

Chóquela usted, amigo: estamos conformes, mi patria tampoco es esa.

Nara-Moredano.—Pues no recuerdo. . Es verdad que usted recurre á un expediente poco ó nada recomendable: el de los pseudónimos; de todas maneras, sus «preludios de primavera», son un pecado venial de que á duras penas puedo absolverle á usted.

P. T.—¡Ay! ¡Aih! ¡Ahy! ¡Hay! ¡Cuánto disparates!

E. F.—¿Qué quiere usted que le diga? Usted, indudablemente, se ha inspirado en los clásicos, hasta tal punto, que no hay en su égloga una sola línea original. No será así, pero la sospecha, la horrible sospecha, en un temperamento como el mío, produce una verdadera catástrofe.

Gen.—Se publicará.

El niño de la Bola.—Pasa á informe del redactor respectivo, que está ausente. El director tiene mandado que se respete á cada cual en sus funciones.

S. D. A.—Lo mismo digo. De todos modos hay exceso de original.

E. G. H.—¡Caramba! ¡caramba! ¡qué bien versifica usted! Casi está usted á la altura de Grilo, y no me perdonaría jamás que, por complacencia, de mi parte, le disputara usted la parroquia.

Quinetis.—Oyo no es hoyo ni es oigo. Le recomiendo un repasito á la ortografía.

L. M. de N.—Canción:

«A la altura de tu ventana
procuré levantar la nariz,
apuntaba la mañana,
y en la huerta más cercana
cantaba la perdiz...»

¡Mira qué tal! ¡Sí que era pintoresco el cuadro!

O. G.—Gracias. Conforme.

T. P. U.—Yo ya sé que eso es imposible, y tengo que limitarme á los medios que se ponen á mi disposición: Usted dá en el clavo, pero ¿qué quiere usted que le haga? La inocencia, la envidia, la estupidez adquieren formas distintas. En varias ocasiones he procurado contrarrestar sus efectos; pero se renueva la lucha. ¡Ah, como me dejaran á mí!

F. D.—Recibida y trasladada. Nos ha regocijado. Adelante. *Agarreuvos*, etcétera, lema en acción. Los Dantes no desmienten nunca sus brillantísimas tradiciones.

N. C.: Lo siento, imposible.—F. N.: Nó.—R. M. H.: Nó.—L. L.: Nó —*Te ó timo*: Nó —P. G.: Nó.—M. P.: Nó. R. G. A.: ¡Que nó, vamos!

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo. suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga. Cistitis del cuello. Catarro de la vejiga. Hematuria. Cada Capsu la lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.^a

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas.
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.



LA SAETA



20 cènts.

Núm. 495



50 centes.